

A propósito de una palabra latina: cómo conocieron los romanos la noción de *humanidad* (I)

Gaston Boissier

Recibido 18/09/2023

Texto traducido del francés por Francisco Rodríguez Menéndez

Resumen

«No hay nada como un estudio de las palabras que nos permita penetrar mejor en el conocimiento de las ideas. No hay nada de lo que se pueda obtener un mayor beneficio ni que presente un interés semejante». En esa declaración hay todo un método muy útil para la historia de la filosofía, y en consecuencia para la filosofía misma. Lo que Gaston Boissier nos propone en este trabajo dividido en dos partes es el recorrido por la historia de la idea de Humanidad (*humanitas*). Una historia esencialmente ligada a la penetración del helenismo en la Roma victoriosa de la República, y en su seno, de la filosofía académica en sentido estricto. La que aquí se enfoca es la que se modula a través de la Stoa media, con Panecio a la cabeza y su alianza con el círculo de Escipión Emiliano. Una historia que recibe su molde en Cicerón.

Palabras clave: *humanitas*, Livio Andrónico, Plauto, Escipión Emiliano, Panecio de Rodas, Polibio de Megalópolis, buen vivir.

Abstract

**About a Latin word:
how the Romans learned about the
notion of *humanity* (I)**

«There is nothing like a study of words that allows us to better penetrate the knowledge of ideas. There is nothing from which a greater benefit can be obtained or that presents a similar interest». In that statement there is a very useful method for the history of philosophy, and consequently for philosophy itself. What Gaston Boissier proposes to us in this work divided into two parts is a journey through the history of the idea of Humanity (*humanitas*). A story linked to the penetration of Hellenism into the victorious Rome of the Republic, and within it, to academic philosophy in the strict sense. The one that is focused here is the one that is modulated through the middle Stoa, with Panaetius at the head and his alliance with the circle of Scipio Aemilianus. A story that receives its mold in Cicero.

Key words: *humanitas*, Livius Andronicus, Plautus, Scipio Aemilianus, Panaetius of Rhodes, Polybius, Good living.

A propósito de una palabra latina¹: cómo conocieron los romanos la noción de *humanidad* (I)

Gaston Boissier²

Recibido 18/09/2023

Texto traducido del francés por Francisco Rodríguez Menéndez

I.

No hay nada como un estudio de las palabras que nos permita penetrar mejor en el conocimiento de las ideas. No hay nada de lo que se pueda obtener un mayor beneficio ni que presente un interés semejante. Recuerdo el efecto que produjo, incluso entre un público poco familiarizado con las letras, el diccionario de Littré³, cuando apareció hace ya más de cuarenta años. No se contentaban con consultarlo en ocasiones, como se hace habitualmente con un diccionario, y para un caso particular: una vez en sus manos, no lo dejaban; gozaban siguiendo las palabras en sus diversas acepciones y, al

295

¹ Al empezar este trabajo, debo excusarme ante el lector por lo que quizá tiene de un poco especial. En el momento de abandonar la enseñanza en el Colegio de Francia, tuve interés en resumir el curso que di durante el último año. Y, como se me presenta la oportunidad, aprovecho para agradecer a los oyentes que siguieron mis clases durante cuarenta y cuatro años con una atención y una asiduidad que serán el orgullo de mi vida universitaria.

² *N. del Trad.*: el texto original apareció como: Gaston Boissier, « Á propos d'un mot latin: comment les romains ont connu *L'Humanité* », en *Revue des Deux Mondes*, LXXVI^e année, cinquième période, t. 36^e. Paris, Bureau du Revue des Deux Mondes, décembre 1906, pp. 762-786, <<https://www.revedesdeuxmondes.fr/article-revue/comment-les-romains-ont-connu-lhumanite/>>, [18/08/2023].

³ *N. del Ed.*: entendemos que se refiere al *Dictionnaire de la Langue française* publicado por Émile Littré entre 1859 y 1872 de la mano del mítico editor Louis Hachette. El *Diccionario* de Littré, o simplemente el *Littré*, constituyó la mayor labor lexicográfica llevada a cabo en la lengua francesa hasta la fecha. Antes de su publicación, Littré colaboró en la *Revue des Deux Mondes*, para la que había escrito artículos de medicina y filosofía naturalista: esta es la revista en la que se publicaron estos dos artículos de Gaston Boissier que ahora traducimos. Pero esto son sólo algunos detalles de una vida apasionante de la que aún destacaremos que se hizo discípulo y amigo de Auguste Comte y participe del movimiento positivista. En esta corriente lideró la postura gnóstica, en términos de John Stuart Mill, y combativamente antimetáfsica. Para la historia del *Diccionario* véase Émile Littré, *Cómo hice el Diccionario* (Nicole d'Amonville Alegría, ed.). Palma de Mallorca, José J. de Olañeta, ed. 2014, en especial su introducción (pp. 11-26). Para la militancia positivista de Littré v. Alberto Hidalgo Tuñón, «Sobre el nexo circular entre sociología y ciencia en Comte», en *Eikasía, Revista de Filosofía*. n.º 0. Oviedo, 2005, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.01.610>>, [28/09/2023]; en particular p. 4, n. 8.

verlas cambiar de forma y significado en el tiempo, se daban cuenta de la progresiva evolución de las ideas. Verdaderamente parecía que, cada vez, y en un espacio restringido, se asistía al espectáculo, concentrado, no ya sólo de la historia de nuestra lengua sino del avance de la civilización.

Intentemos hacer algo parecido con la Antigüedad.

§ I. El valor de la *humanitas*⁴

La palabra *humanitas* parece ser bastante reciente en la lengua latina. No creo que se encuentre en lo que nos queda de los escritores anteriores al final de las guerras púnicas. Es en el siglo I a.C. cuando aparece por primera vez; pero entonces adquiere de inmediato un auge extraordinario. Cicerón la usa con frecuencia en sus obras.

Como sucede con las palabras que se ponen de moda de pronto y de las que nos servimos un poco al azar y para darnos tono, se iba a hacer a menudo un mal uso de ella. Vemos también que, en tiempos de Aulo Gelio, no siempre había acuerdo sobre lo que quería decir⁵. Algunos gramáticos rigurosos sostenían que se había extendido en exceso su significado y alegaban, para mostrar que había que restringirlo, el ejemplo de los buenos autores, sobre todo el de Cicerón. Ciertamente, estaban equivocados, pues justamente basta con leer a Cicerón para ver cuántos sentidos diversos le daba. Esta comprobación es fácil de hacer por la costumbre que tiene de multiplicar los sinónimos, para amplificar su frase; estas palabras que le gusta adjuntar se explican unas gracias a las otras.

Por ejemplo, cuando encontramos en él la palabra *humanitas* unida a *liberalitas*, *benignitas*, etc. debemos concluir que aquella tenía el sentido de 'beneficencia' y 'generosidad'. En una sociedad aristocrática como la de Roma, el gran señor estaba obligado a acudir en ayuda de sus clientes; el rico burgués, que quería alcanzar cargos municipales, tenía que ser pródigo con sus conciudadanos, ofrecerles festejos,

⁴ *N. del Trad.*: los títulos de cada apartado han sido añadidos por nosotros en la intención de ayudar a la lectura.

⁵ Aulo Gelio, *Noches áticas* XIII, 16 [en realidad XIII, 17 y titulado así: «*Humanitatem*» *non significare id, quod uolgens putat, sed eo uocabulo, qui sinceriter locuti sunt, magis proprie esse usos.*]. *N. del Tr.*: en muchas ocasiones Boissier parece citar de memoria, cuando hemos detectado errores introducimos las correcciones o adendas aclaratorias entre corchetes «[]».

convidarlos a banquetes públicos, hacerles distribuciones de dinero o víveres. Sin embargo, cuando observamos más de cerca, nos damos cuenta de que el noble término de *humanitas* no se aplicaba exactamente a liberalidades de esa clase. Cicerón da a entender que bastaba, para merecerlo, no limitar los beneficios a sus conciudadanos, sino extenderlos, en caso necesario, a los extranjeros; que convenía, sobre todo, que tuvieran un carácter desinteresado y que, por ejemplo, se hiciera uso de la fortuna propia no sólo para comprar el favor del pueblo, «sino para rescatar a cautivos de manos de los piratas, para saldar las deudas de los amigos o ayudarlos a casar a sus hijas»⁶. Son estas obras muy meritorias y todavía hoy se emplea en este sentido la palabra *humanidad*.

Más sorprendente nos resulta encontrarla unida a términos como *eruditio* y *doctrina*. Así pues, la *humanidad* incluía también, entre los latinos, la instrucción y el saber; y este mismo sentido es el que parece imponerse a los otros en ciertos momentos, sobre todo, bajo el Imperio. Los antiguos pensaban que las letras unían a los hombres entre sí y que, así consideradas, son esencialmente humanas (*humaniores litterae*). Pero es necesario entender esto rectamente. Lo son no tanto por el conocimiento que obtenemos de ellas, cuando lo reservamos para nosotros y las disfrutamos en solitario, cuanto por el empleo que les damos para la vida diaria y cuando nos servimos de ellas buscando la utilidad y el goce de todo el mundo. De ahí se derivan algunas consecuencias que es pertinente indicar. Puesto que no adquirimos conocimientos sino con el fin de difundirlos, es necesario abstenerse de darles un aire severo que desanimaría a aquellos que queremos que los disfruten. Para atraer a la gente hacia ellos, debemos presentarlos con ligereza, sin sombra alguna de pedantería. Esto es lo que dio nacimiento a ese tipo de *humanidad* un poco mundana, que consiste sobre todo en la amenidad de una conversación ingeniosa⁷, el refinamiento de las palabras, la distinción en las maneras, una *humanidad* que nace de la sabiduría y termina en el *savoir vivre*. Sabemos que por ese camino se llegó muy lejos; fue necesario respetar todas las estrictas prescripciones que una sociedad cortés impone como si fueran leyes, si se

⁶ Cicerón, *De los deberes*, II, 16 [...*aut captos a praedonibus redimunt aut aes alienum suscipiunt amicorum aut in filiarum collocatione adiuvant*].

⁷ *Quid in otio tam humanitatis proprium quam facetus sermo?* (Cicerón, *De oratore*, I, 32). N. del Tr.: la cita completa es: *Quid esse potest in otio aut iucundius, aut magis proprium humanitatis, quam sermo facetus ac nulla in re rudis?*

quería pasar por un hombre educado o, como se decía abreviando, por un *hombre*⁸. No se era un hombre (*inhumanus*) cuando, por ejemplo, se permitía uno la inconveniencia de cantar en una plaza pública. Para un escolar, en clase de retórica, suponía cometer una falta similar no aplaudir a un compañero que estaba declamando su ejercicio ante alumnos y en presencia del maestro, incluso si el este era muy flojo.

La exageración es divertida y Quintiliano tiene razón al burlarse. No es menos cierto que la instrucción recibida, los estudios realizados ayudan a formar a un hombre bien educado. Pero no se limitan a proporcionarle el gusto por las buenas maneras. Su influencia llega más allá, incluso hasta el alma. Nos acostumbran a la indulgencia, a la suavidad en el trato; nos vuelven más tolerantes con los otros; nos enseñan la justicia, la bondad, la piedad ante los sufrimientos humanos, la misericordia; nos enseñan que no debemos ocuparnos sólo de nosotros, sino que debemos pensar también en los intereses de los otros⁹; nos aconsejan el perdón de las ofensas que algunos filósofos consideraban como una debilidad¹⁰. El triunfo de la cultura del espíritu consiste, pues, en volver las almas más delicadas, sólo entonces merece el nombre de *humanitas*.

He aquí, pues, un conjunto de cualidades que, sin ser muy diferentes entre sí, están separadas por matices bastante marcados. Hay, sin embargo, un vínculo que las une; si son designadas por la misma palabra es que aparecen inspiradas por el mismo sentimiento, y este sentimiento está expresado en la denominación que se le da. Al llamarlo *humanitas* se quiso decir que la consideración, la benevolencia, el afecto que se demuestra a alguien, las muestras de liberalidad que se tienen con él no se deben solamente a la particular estima en la que se le tiene o a antiguos lazos, que no se dirigen a él personalmente, sino que tiene una motivación más general. Es un hombre como nosotros y queremos honrar en él esta condición humana que es común a todos. Se ha pensado desde siempre que el hombre no debía vivir sólo para sí y que tenía que hacer partícipes a los otros, en cierta medida, de los beneficios que él disfrutaba. Virgilio sitúa al avaro en los infiernos; lo castiga por haber acaparado para él solo los bienes que ha conseguido, mientras que habría debido compartirlos con los suyos, *nec*

⁸ Cicerón, para informar a Ático de que César había venido a visitarlo a su villa de Pozzuoli y que, a pesar del fastidio que le producía esta visita, se propuso comportarse, le dice. *Quid multa? Homines visis sumus* (*Cartas a Ático* XIII, 52).

⁹ *Humanitatis est aliorum consulere commodis tuae est ignoscere* (Cicerón, *Cartas a Ático* XV, 1).

¹⁰ *Humanitatis tuae est ignoscere* (Cicerón, *De los deberes* III 6).

*partem posuere suis*¹¹. Ahora bien, ¿qué debemos entender por *los suyos*? Su sentido ha cambiado con el tiempo. En un principio, la palabra sólo se refería a la familia; a continuación, se amplió a la ciudad, luego a la patria. Quedaba un nuevo paso por dar, el más importante quizá, el más difícil; se lo debemos a la filosofía. Los socráticos se circunscribieron al estudio del alma y, como la encontraban más o menos igual por todas partes, llegaron a la conclusión de que existía la unidad del género humano. Sócrates fue el primero en proclamarse ciudadano del mundo. Los sabios de Roma tomaron buena nota de estas ideas e incluso les dieron una forma más precisa que la que había tenido entre los filósofos griegos, y un carácter más imperativo. «Es una ley de la naturaleza —dice Cicerón— que el hombre quiere el bien del hombre, solamente porque es hombre»¹²; y Séneca: «Somos miembros de la misma gran familia; la naturaleza nos ha hecho hermanos»¹³. Cuando no se olvidan estos principios y conformamos nuestra vida a ellos, poseemos de verdad la *humanitas*. Este es el auténtico sentido de esta palabra, el que contiene y resume todos los demás.

§ II. Primeras relaciones con Grecia: Livio Andrónico

En un primer momento parece que esta virtud delicada y compleja no estaba destinada a florecer en el suelo romano. Las diversas cualidades de las que hemos visto se compone no parecen las propias de los latinos: es un pueblo inteligente, pero rudo y tosco. Se llamaban a sí mismos «la nación salvaje de Rómulo». Las necesidades de la vida, sobre un suelo ingrato que roturaban penosamente, habían hecho de ellos gentes egoístas: las tribus guerreras que los rodeaban no les permitían dejar las armas; se veían obligados, en consecuencia, a ser sin descanso labradores y soldados. No parecen haber conocido esa atracción instintiva que sienten algunos pueblos jóvenes por la poesía: sus leyendas religiosas más antiguas eran pobres, sus tradiciones nacionales, en general, prosaicas y monótonas. No sentían simpatía por sus vecinos, que no les dejaban vivir en paz en su pequeño terruño; y, como sólo conocían al resto del género humano a través de ellos, no le tenían simpatía alguna: sabemos que, en su lengua, la

¹¹ Virgilio, *Eneida*, VI 611.

¹² Cicerón, *De los deberes* III 6 [*si hoc natura praescribit, ut homo homini, quicumque sit, ob eam ipsam causam, quod is homo sit, consultum velit*].

¹³ Séneca, *Cartas a Lucilio* 95 52 [*Natura nos cognatos edidit, cum ex isdem et in eadem gigneret*].

misma palabra (*hostis*) sirve para referirse a un extranjero y a un enemigo. Nada, pues, los predisponía para *la humanidad*; esta noción sólo podía venirles del exterior.

Añadamos que los romanos no son, por naturaleza, grandes inventores; no han ideado casi nada por sí mismos. Ahora bien, han tenido el mérito de comprender las creaciones ajenas, de apropiárselas en la medida en que les podían convenir y, a veces, incluso perfeccionarlas. Sobre todo, nunca tuvieron la mezquindad de disimular sus préstamos; los reconocen sin falso pudor, sin sentir celos, y dicen de quienes los han tomado. Así, Cicerón no duda en reconocer que «la humanidad fue transmitida a los romanos por Grecia, y de ahí se difundió por el mundo entero»¹⁴. De donde resulta que su historia se confunde con la de la introducción y los progresos del helenismo en Roma.

Sería muy importante hacer esta historia, pues de la mixtura de Grecia y Roma ha surgido la civilización del mundo moderno en la que nosotros vivimos. Por desgracia, es muy oscura; como el acercamiento entre los dos pueblos se ha verificado poco a poco y sin ruido, por una especie de evolución lenta y continuada, los contemporáneos no parecen haberse dado mucha cuenta. Los analistas no mencionaron sus efectos, que no les llamaban tanto la atención como la toma de una ciudad o el logro de una victoria; así pues, muy a menudo, si queremos conocerlos, nos vemos obligados a formular conjeturas.

No hay duda de que los griegos y los latinos, originarios de la misma etnia, se encontraron y relacionaron tempranamente. Los latinos apenas salían de su país, pero los griegos, que siempre fueron intrépidos viajeros, les visitaban. Les llevaban sus mercancías, algunas de las cuales se hallan todavía en el fondo de las tumbas más antiguas, y, como eran buenos conversadores, les hacían largos relatos, que sus auditores, ingenuos y curiosos, escuchaban con avidez y no olvidaban. Con el tiempo, las relaciones se hicieron más fáciles y estrechas. Etruria, donde la civilización helena había penetrado muy rápidamente, transmitía esta fácilmente al otro lado del Tíber. En la Italia meridional, había nacido una Grecia nueva, casi tan bella como la antigua, llena de juventud y vitalidad. Los romanos, tras vencer a los samnitas, se encontraron con que eran vecinos de la Magna Grecia; no tenían más que cruzar la frontera para

¹⁴ Cicerón, *En defensa de Flaco*, 62 [*Adsunt Athenienses, unde humanitas, doctrina, religio, fruges, iura, leges ortae atque in omnis terras distributae putantur*].

visitar Tarento, Síbaris, Crotona, Metaponte, para ver, recientes e íntegros, los bellos monumentos de los que ya sólo conservamos las ruinas, para asistir a las fiestas que se daban durante todo el año en las plazas públicas o en los teatros, para experimentar el encanto de esta vida amable y fácil. Debían regresar maravillados y se comprende que, a su vuelta, buscaran introducir entre ellos, en la medida de lo posible, lo que acababan de admirar allí. Se nos dice que lo lograron bastante pronto. «no fue —nos dice Cicerón— un pequeño riachuelo, sino un ancho río de ideas y saberes lo que Grecia hizo fluir en Roma abundantemente»¹⁵.

Podemos sospechar que la admiración de los romanos se despertó, primero, con las obras del arte griego: en efecto, les resultaba más fácil captar a primera vista la belleza de un edificio o el encanto de una estatua que apreciar las cualidades de un poema. Cuando contemplamos, en los Museos Vaticanos, la tumba de Escipión Barbato, quedamos muy sorprendidos al ver que la inscripción está escrita en un lenguaje que nos parece bárbaro, mientras que está rematado por un friso elegante que creeríamos que ser de una época más reciente. Este contraste, que no podemos evitar que nos extrañe, parece indicar que, entre los romanos, el gusto por las artes había ido por delante de la sensibilidad literaria. Sea como fuere, pronto le llegó el turno a la literatura y no parece que fuera acogida menos bien. Un mismo poeta, en unos pocos años, inició sucesivamente a los romanos en todos los géneros importantes de la poesía helénica. Se trataba de un joven griego, hecho prisionero en la toma de Tarento, que se llamaba Andrónico, y tomó el nombre de Livio Andrónico cuando fue emancipado por su dueño. Abrió una escuela en Roma y tradujo la *Odisea* para disponer de un texto que pudiera explicar a sus alumnos. La obra se mantuvo durante mucho tiempo en las clases, puesto que se usaba durante la juventud de Horacio (para gran disgusto suyo), y, sin embargo, a juzgar por los pocos versos que nos quedan, debía ser bastante mediocre. Livio, al reproducir la obra de Homero, parece que se preocupó de sofocar su poesía. Vemos, por ejemplo, que elimina, como llevado por un prejuicio, esos epítetos, siempre los mismos, que el poeta aplica a los nombres de los héroes y los dioses, y que terminan de precisar su figura y nos la vuelven más vívida. Era un ensayo tímido, desvaído, y es muy dudoso que, aparte de los jóvenes de buena familia que

¹⁵ Cicerón, *De la república*, II 19 [*Influxit enim non tenuis quidam e Graecia rivulus in hanc urbem, sed abundantissimus amnis illarum disciplinarum et artium*].

frecuentaban su escuela, el poema de Livio sirviera para difundir la literatura helénica en Roma, pero fue más feliz en otro aspecto. Cuando la primera guerra Púnica terminó y los romanos firmaron el tratado que les entregaba Cerdeña y Sicilia, su alegría, desbordante, quiso manifestarse con festejos novedosos, y Livio tuvo la idea de darles a conocer el teatro griego. Era algo muy distinto que explicar a Homero ante algunos escolares. Se dirigía a un público tumultuoso del que Horacio nos dice «que acude al teatro después de haber bebido y cuando está bastante excitado». Para hacerse oír y entender, había que hablarle con una lengua clara, precisa, colorista, había que interesarlo en las situaciones, deslumbrarlo con las imágenes, cautivarlo con el espectáculo. Livio lo consiguió: tradujo, para el disfrute de estos ignaros, las obras maestras de los grandes trágicos; hizo que aplaudieran los infortunios de Agamenón y las aventuras de Áyax o Aquiles, que parecería que debieran resultarles bastante indiferentes. Ese día el helenismo salió de la escuela e inició la conquista del pueblo romano. He aquí por qué los críticos de Roma, Cicerón, Varrón y los demás tuvieron tanto cuidado de registrar esta fecha del año 240 a. C., en la que situaban el inicio de la historia de la literatura en su país. Pero el papel de Livio no había terminado. Veintitrés años más tarde, en el 207 a. C., acababan de suceder grandes acontecimientos. Roma, en su lucha con Aníbal, tras una serie de terribles derrotas, empezaba a vencer y quería agradecer a los dioses el retorno de su fortuna. El viejo Livio —debía de tener más de 70 años— se hizo otra vez el intérprete de la felicidad pública. Compuso en honor de la diosa Juno Reina el himno que veintisiete doncellas, cubiertas con largos vestidos, tras haber recorrido en procesión toda la ciudad, cantaron y bailaron en el Foro, cogidas de la mano. «Si se intentara reproducir esta composición —dice Tito Livio—, ofendería nuestro gusto y nos parecería algo grosero; pero a espíritus menos cultivados parecía digna de encomio»¹⁶.

De este modo, gracias a Livio Andrónico, que dio a conocer a los romanos en unos pocos años la epopeya, el drama y la poesía lírica, todos los géneros importantes les llegaron a la vez, y esto mismo muestra en qué difiere principalmente la literatura romana de la griega, de donde procede. En Grecia, los géneros literarios fueron un producto natural y espontáneo del espíritu. Surgen en su momento, los unos de los

¹⁶ Tito Livio, *Ab urbe condita* XXVII, 37 [*illa tempestate forsitan laudabile rudibus ingeniis, nunc abhorrens et inconditum si referatur*].

otros, a través de un progreso del que podemos darnos cuenta, y teniendo cada uno de ellos su razón de ser. Las características que han adquirido, las partes de que se componen, los diferentes aspectos bajo los que se presentan, todo, en ellos, se explica por su origen. De ahí ese algo vivo, ese aire de autenticidad, de sinceridad que no pueden tener en Roma, donde surgieron todos a la vez, y como una exportación de origen extranjero. Es una deficiencia a la que hay que resignarse, cuando se estudia la literatura de los romanos. A pesar del esfuerzo de hombres de genio y del talento que han desplegado en sus obras, se percibe en ellos que la forma no ha sido hecha para las ideas que encarna. En este arte de imitación, la técnica siempre tendrá algo de ficticio. Por fortuna, el pueblo que la tomó prestada de sus vecinos es también un gran pueblo; poseía una fuerte personalidad que lo situaba en un lugar destacado y al nivel de los más grandes, y en esas formas, que no halló por sí mismo, introducirá su originalidad.

§ III. Plauto y el helenismo de su tiempo

El final del siglo III a. C. es una gran momento para Roma; ha vencido definitivamente a Cartago e inicia la conquista del Oriente. Libre de los terribles temores por los que acaba de pasar, segura de su porvenir, ya nada le impide ceder a la atracción que la inclina a imitar a Grecia. Pero, ¿lo hizo?, ¿y en qué medida? ¿Dónde se encuentra, en realidad, en cuanto a su cultura literaria y a esa suavización de las costumbres, que es su consecuencia, en el momento en el que inicia la guerra contra Macedonia? Más o menos lo sabemos en lo que respecta a las clases altas de la sociedad, de las que hablan a menudo los historiadores de la época. Respecto al pueblo o la pequeña burguesía, que están menos a la vista, correríamos el riesgo de ignorarlos, si no contáramos con las comedias de Plauto. Para hacernos una cierta idea, tenemos que recurrir a ellas.

Plauto ocupa, entre los autores de Roma, un lugar particular. Casi todos los demás vivieron como clientes de algún personaje importante; él no parece haber tenido un protector. Lo que sabemos de su vida nos lo presenta primero ganando algo de dinero en una de esas empresas que estaba vinculada al teatro. Quizá fuera lo que se llamaba *choragus*, esto es, el encargado de proporcionar el vestuario de los actores y los

accesorios para la escena; luego, tras perder su pequeña fortuna en algún negocio arriesgado, perseguido por sus acreedores y obligado a dar vueltas a la muela de un molino, como esclavo en una panadería hasta sufragar sus deudas, se hizo autor dramático para subsistir. Es verosímil que, como, entre nosotros, el poeta Alexandre Hardy en el siglo XVII, se uniera a alguna compañía de comediantes, la de un tal Pelio, o Polio, un director no siempre digno de elogio, al parecer. Así pues, vivió en compañía de las gentes de teatro. Eran, por entonces, personas muy humildes, esclavos o libertos en su mayoría, y sometidos a una severa disciplina. «Sobre la escena —se dice en un prólogo— son reyes o incluso dioses; pero terminada la representación, quien no ha hecho bien su papel, es reprendido y se le da de beber a quien sí que lo ha hecho bien». En este ambiente tan poco distinguido, frecuentó a las gentes humildes de las que gusta hablarnos, que tiemblan ante el edil y a los que persigue la policía de los *tresviri*; los vendedores de aceite del Velabro, que se ponen de acuerdo tan bien entre sí para engañar a los compradores; los pescadores que venden pescado podrido, los vecinos de la calle de los Toscanos que tienen tantas profesiones sospechosas y los que dan vueltas alrededor del tribunal para vender su testimonio a los picapleitos. Conoce, pues, muy bien al pueblo llano de Roma y, a partir de la información que nos da, podremos valorar hasta dónde había penetrado en ellos el helenismo.

Observamos, en primer lugar, que los griegos debían ser muy abundantes. El pueblo romano siempre fue muy variopinto. Desde los primeros tiempos, esta gran ciudad, muy desproporcionada con respecto al pequeño estado del que era la capital, la única de todas las naciones de los alrededores que alcanzó tamaña importancia, tuvo que atraer a sus vecinos. Los itálicos acudieron a ejercer sus oficios con mayores ganancias, o a la busca de placeres que no encontraban en sus lares. Cuando llegó a ser más conocida, acudieron desde más lejos, y los griegos, que tienen instinto viajero y gustan de correr aventuras, no debieron de ser los que menos se apresuraron para presentarse allí. Algunos, gramáticos, rétores, filósofos, que se habían labrado una cierta reputación en sus lugares de origen, pero a quienes molestaba la competencia y esperaban encontrar en Roma, en un sitio menos concurrido, un empleo más ventajoso de su talento, se introdujeron en la casa de algún personaje importante: instruían a sus hijos, lo ayudaban en la preparación de sus discursos o lo entretenían con sus doctas conversaciones. Varios de estos griegos nos son conocidos y podemos apreciar los

servicios que prestaron al helenismo en las grandes casas romanas. Ahora bien, había otros, que Plauto nos da a conocer y de los que, sin él, no tendríamos noticia; estos no tenían miras tan altas y se trataban con familiaridad con el pueblo llano de Roma¹⁷. Se les podía encontrar en la plaza pública, con su *pallium* cubriéndoles la cabeza, con libros bajo el brazo, —pues el griego, ocupe el nivel que ocupe de la sociedad, tiene siempre algo de maestro de escuela— y portando en la mano la pequeña cesta de mimbre que lleva el cliente, cuando va a visitar a su patrón, para meter en ella lo que le den. A veces, entra con los demás en la taberna y no siempre camina erguido, al salir; pero sigue mostrándose grave, como corresponde a un sabio, y sigue soltando sus bellas frases. ¿Eran tan numerosos, como Plauto parece darlo a entender, para impedir el paso, en la calle, a los que iban con prisa? En cualquier caso, había muchos y eran demasiado activos, demasiado insinuantes para no haber tenido alguna influencia en esa parte del pueblo que, a lo que parece, debió escapar al rechazo del helenismo. En primer lugar, lo habituaban a oír hablar el griego y hacían más familiar el uso de su lengua. Hay muchas palabras griegas en las comedias plautinas, y no están puestas sólo, como el alemán o el inglés en nuestros vodeviles, para divertir al público, sino para expresar la idea de un modo más sorprendente y porque habían entrado en el acervo del lenguaje ordinario; y no se trata sólo de palabras aisladas, sino de frases enteras, fragmentos de diálogos, proverbios y canciones. Si el poeta no duda en servirse de ellos, es porque está seguro de ser entendido por el público de todos los graderíos.

Y esto es lo que merece sobre todo ser subrayado. La Bruyère decía de Rabelais que había en él una mezcla monstruosa de la moral más fina y más ingeniosa y del más sucio libertinaje y que era, sucesivamente, «el encanto de la chusma y el manjar de los más refinados». Algo parecido se encuentra en las comedias de Plauto. Encontramos a la vez groserías y delicadezas que no sabemos cómo acomodar. Sus jóvenes enamorados, hombres y mujeres, son encantadores; nada puede igualar la finura, la distinción, la gracia del enamorado, cuando canta una serenata a la puerta de su amante, cuando pide a los cerrojos que salten de sus goznes para permitir salir a la

¹⁷ El siguiente retrato del *graeculus* está en *Curculio* [El gorgojo] II 3. [*Tum isti Graeci palliati, capite aperto qui ambulat, / qui incedunt suffarcinati cum libris, cum sportulis, / constant, conferunt sermones inter se drapetae, / obstant, obsistunt, incedunt cum suis sententiis, / quos semper videas bibentes esse in thermipolio / ubi quid subripuere: aperto capitulo calidum bibunt, / tristes atque ebrioli incedunt*].

joven, o la profundidad y la sinceridad de sus lamentos, cuando cree que ella lo abandona, o incluso su alegría cuando la ve aparecer «hermosa como la primavera o como una flor de radiantes colores, de aromas deliciosos»¹⁸. Lo mismo ocurre con las jóvenes, que son siempre tiernas, apasionadas, delicadas, a pesar de la vida que llevan, las compañías que frecuentan, los consejos que reciben de las viejas madamas que las controlan. Por el contrario a los viejos, personas acomodadas, bien situadas, que tienen clientes a los que asisten ante el juez, que votan en las asambleas populares y cumplen honradamente con sus deberes de ciudadanos, los representa, en su vida privada, con rasgos de lo más repugnante. Son libertinos abominables, que, como ellos mismos se jactan, no tienen otra preocupación que entregar al amor y al vino lo que les quede de vida, con el pretexto de que les queda ya muy poco. *Las Báquides* nos presentan a un padre que acompaña a su hijo a un lugar poco recomendable; otro, en la *Asinaria* [*La comedia de los asnos*], le da dinero para que recupere a su amante, con la condición de compartirla con él. He aquí lo que hace Plauto con el *pater familias*, que se nos presenta otras veces tan grave, tan majestuoso, tan venerable. No hay casi ninguno en sus obras que conserve su dignidad hasta el final. Incluso el bueno de Demones del *Rudens* [*La maroma*], que debía ser en el original griego un perfecto modelo de virtud, no pudo evitar empeorarlo un poco, cuando se presenta la ocasión. Acaba de librar generosamente a dos jovencitas de las garras de un miserable que quería raptarlas y venderlas, cuando se da cuenta de que son bonitas; su honestidad ya no aguanta. «Me he agenciado —dice— dos clientas que son guapitas y jovencitas. Pero la bruja de mi mujer me vigila a todas horas y no me deja ni hacerles la más mínima señal»¹⁹. Esta manera de hablar de *la bruja de su mujer* es la de todos los viejos libertinos. No hay uno solo que no desee librarse de ella lo antes posible y Plauto parece pensar que tienen razón. En realidad, no da a entender nunca, a pesar de lo mal que habla de ellas, que se comporten de forma deshonesto: sólo un siglo más tarde se llegará al atrevimiento de poner en escena a una mujer que engaña a su marido. Pero, mientras tanto, se pasa la vida riñéndolo. En Plauto, todas o casi todas ellas²⁰ son ariscas, interesadas,

¹⁸ *Ver vide! / Ut tota floret! Ut olet! Ut nitide nitet!* (*Truculento*, II, 4,2)

¹⁹ *Rudens* [*La maroma*], IV 1 3: [...*iam clientas repperi, / atque ambas forma scitula atque aetatula. / sed uxor scelestam me omnibus servat modis*].

²⁰ Hay que exceptuar la Alcmena del *Anfitrión* que es, dentro del teatro de Plauto, una excepción que no sabemos cómo explicar.

insolentes, insoportables. También es grande nuestra sorpresa cuando vemos que hay tan poco respeto por el *pater familias* como por la *matrona*, estas dos grandes figuras de las que se han hecho tantos elogios y de las que ofrece una opinión tan negativa.

Se podría suponer, es cierto, que los retratos que ha trazado no son muy exactos; los autores de comedias son sospechosos de exagerar para hacer reír al público. Acabamos de ver, de hecho, que Plauto vivió en ambientes populares; ¿podía saber con exactitud lo que ocurría en el interior de una clase un poco más elevada? Al no poder verlo más que de lejos, tal vez no vio todo y es posible que se encontrara con algo diferente de lo que nos dejó dicho; pero creo que podemos estar seguros de que vio lo que nos refiere. En diversos momentos, toma a los espectadores como testigos; apela a sus recuerdos; «bien sabéis —les dice— que yo no miento, y que las cosas ocurren todos los días tal como yo las refiero»²¹. La afirmación es demasiado rotunda como para que se pueda dudar de ella. Hay que concluir, según creo, que este contraste sorprendente, dentro de la misma sociedad, bajo el mismo techo, que ha señalado en diversas ocasiones, entre la zafiedad de algunas y la exquisitez de otras, se daba realmente en muchas parejas romanas.

El modo más sencillo de explicarlo es recordar que en el momento en que Plauto ponía en escena sus obras, la influencia del helenismo se había extendido ya mucho por Roma; pero esta influencia no había penetrado por igual en todas partes. Es lógico que haya sido la vieja y sólida institución de la familia la que haya resistido principalmente y, dentro de la familia, los que estaban más ligados a las tradiciones, el padre y la matrona. Entre estos padres recalcitrantes, muchos tenían razones muy respetables para no ceder a la corriente general. Quizá se encontraban entre los que comprendían como los demás lo que tenía de amable la vida griega, lo que tenía de elevado la moral de sus sabios, entre los que no eran insensibles al atractivo de las letras y las artes; pero desconfiaban de Grecia, compartían la opinión de Ennio, que era la de casi todas las personas decentes, de «que Roma sólo puede sostenerse conservando las costumbres antiguas»; temían que, una vez socavada en un punto, la antigua manera de vivir cediera también en lo demás. De todos estos Plauto no se ocupó nunca; es posible que, como vivía al margen de ellos, los conociera muy poco.

²¹ *Truculento* I 2. [*Fit pol hoc, et pars spectatorum scitis pol haec vos me hau mentiri*]. Véase también el final de *Las Báquides*.

Sólo representó a los que permanecían fieles a las antiguas costumbres por un hábito inveterado y una tosquedad de carácter, a quienes no tomaban de ellas más que lo peor, exagerándolo. Si ha prestado al hijo más elegancia y distinción en sus palabras, es porque era, por su edad, menos reacio a las novedades, porque frecuentaba a esas hermosas meretrices venidas del Oriente en cuyas casas²² la buena y la mala sociedad de Roma se daban cita, y que allí se amoldó al nuevo espíritu. Pero, vuelto a su hogar, se encontrará de nuevo con las antiguas costumbres, siempre vigentes, y acabará por convertirse, sin duda, en lo que era su padre.

Había, pues, en la familia romana, por buenas y malas razones, un núcleo de oposición al helenismo que las obras de Plauto nos permiten intuir. Para vencer estas últimas resistencias, sobre todo las que se basaban en motivos respetables, y que justificaban las demás, la enseñanza de la escuela y la del teatro tal vez no habrían bastado. Hacía falta que se ofreciera un gran ejemplo que, proveniente de un personaje muy alto, se ganara la adhesión de todos por la dignidad de su carácter, por su vida irreprochable y los servicios prestados a su país: que pudiera permitirse imitar las costumbres extranjeras sin que nadie pudiera poner en duda su patriotismo y que, en fin, supiera señalar las justas proporciones en las que el genio de ambos pueblos pudiera entremezclarse para un mayor beneficio de la humanidad. Este papel estaba reservado a Escipión Emiliano.

308

eikasía
REVISTADEFILOSOFIA.COM
N.º 117
Extra. oct.
2023

§ IV. La figura de Escipión Emiliano

De todos los grandes personajes de la historia romana, Escipión Emiliano, quien más tarde fue llamado «el segundo Africano» (*Africanus minor*), es con mucho el más simpático. Sería muy grato narrar con detalle su noble vida; sólo debo referir aquí lo que puede dar a entender cómo logró tan gran renombre, que puso al servicio del helenismo y de la humanidad.

Pertenecía a las dos familias más ilustres de Roma: a los *Aemilii*, por nacimiento, y a los *Cornelii*, por adopción. Su padre, Paulo Emilio, vencedor de Perseo, era un aristócrata de viejo abolengo, con un espíritu liberal y abierto, pero probablemente con

²² A propósito de la clase de gente que se reunía en casa del lenón, decía Plauto: *Omnia genera hic recipiuntur* (*Poenulo* [El pequeño cartaginés] IV 2).

un carácter algo rígido, que no adulaba al pueblo, por lo que este no le apreciaba mucho. A pesar haber ganado Macedonia para los romanos, se le regateó el triunfo porque trataba con severidad a los soldados y no les dejaba hacer el pillaje por su cuenta. Es verdad que lo que prohibía a los otros, no se lo permitía a sí mismo. Aunque era pobre, del botín común sólo se había quedado con la biblioteca del rey. El resto fue entregado escrupulosamente al tesoro del Estado, que de repente pasó a ser tan rico como para poder suprimir todos los impuestos.

Su hijo apenas tenía diecisiete años cuando marchó con Paulo Emilio junto al ejército. Se comportó valientemente durante la batalla de Pidna, donde corrió graves peligros. Plutarco cuenta que, por la noche, cuando los soldados estaban entregados a las celebraciones, sólo permanecía sombría y en silencio la tienda del general. La causa era que su hijo no había regresado después de la batalla. Cuando la noticia llegó a oídos del ejército, los gritos de desesperación sustituyeron por doquier a los cánticos de victoria. Sólo hacia la mitad de la noche reapareció el joven cubierto de sangre, con algunos conmlitones: «como el perro de raza que se ciega tras la presa, se había dejado llevar demasiado lejos por la alegría de la victoria».

De regreso a Roma, tras un viaje por Grecia, en el que acompañó a su padre, Escipión atrajo muy pronto sobre sí la atención pública. Las costumbres se habían relajado mucho desde hacía algunos años y la juventud se entregaba a los placeres con pasión. «Las prostitutas —decía Plauto— son aquí más numerosas que las moscas, cuando hace mucho calor». Por lo demás, no encuentra nada malo que criticar en ello. «Cuando las cosas van bien y se ha vencido a los enemigos, ¿qué hay mejor que hacer el amor?»²³. Escipión no se juntaba con esta juventud ruidosa y no tomaba parte en absoluto en sus diversiones. Llamaba mucho la atención verlo vivir apartado, rodearse de sabios, leer asiduamente los libros que su padre había traído de Macedonia y no tener otra distracción más que la caza, a la que se había aficionado en los inmensos parques del rey Perseo. Algo más tarde, cuando entró en posesión de la fortuna de los Escipiones, dio otros motivos de sorpresa. Su madre Papiria había sido repudiada por Paulo Emilio y como, tras el divorcio, ya no podía mantener su rango en las reuniones públicas, no salía de su casa. Su hijo, que se había hecho rico, le dio una parte de las joyas, del ajuar, de los esclavos que había encontrado en la herencia. Esta liberalidad

²³ *Truculento*, I 1. [*postremo id magno in populo multis hominibus, / re placida atque otiosa, victis hostibus*].

le concedió una gran estima entre las damas romanas. Elevaron sus manos al cielo y le desearon toda clase de bienes, cuando vieron a Papiria reaparecer en una fiesta solemne con el fasto de antes, «y se piensa con razón —dice Polibio con malicia— que la reputación de Escipión fue grande, puesto que las mujeres, que de suyo no saben callarse ni moderarse respecto a sus gustos, se dedicaban a ser sus panegiristas»²⁴. Hizo lo mismo con sus hermanas, a las que entregó su dote de una sola vez, cuando habría podido hacerlo en tres plazos, y con sus hermanos, a los que entregó toda la fortuna de Paulo Emilio, reservándose para él la mayor parte de los gastos de los funerales. «Esta conducta generosa —añade Polibio— fue admirada por doquier; pero lo fue todavía más en Roma, donde nadie se desprendía voluntariamente de sus bienes». Lo que tuvo que sorprender incluso en mayor medida que todo lo demás es el poco entusiasmo que mostró por la vida pública, cuando le llegó el momento de hacerse un sitio en ella. No se le veía, como era lo habitual, frecuentar las asambleas populares, ser un asiduo de los tribunales y buscar la ocasión de darse a conocer interviniendo en un proceso sonado. Esta reserva no era un modo de distinguirse de los demás ni de adoptar una pose, sino que le era algo connatural; esto parecía haber hecho de él un ser meditabundo, un melancólico, antes que un hombre de acción, y estoy tentado de creer que, si hubiera sido libre para actuar según su gusto, habría preferido una vida tranquila, retirada, de estudioso, entre algunos buenos amigos y algunos buenos libros. Pero fue precisamente el celo que puso en rehuir la exposición pública lo que le sacó de inmediato a la luz, y esto es también lo que, para nosotros, le confiere un carácter especial. Estamos acostumbrados a ver a todos las grandes personalidades de Roma sacados de un mismo molde y parecidos entre sí. Él nos parece diferenciarse algo de los demás y, de ahí procede en parte la fascinación que sentimos por él.

Los honores públicos, a los que parecía sustraerse, salieron a su encuentro. Se había reanudado la guerra contra Cartago, una guerra despiadada, y el pueblo, que compartía los sentimientos implacables de Catón y comprendía bien que sería la última, pensaba que estaba siendo mal dirigida y se estaba empleando un exceso de miramientos y premiosidad. En las elecciones del año 146 a. C., Escipión se presentó a la edilidad. Fue nombrado cónsul, aunque no tenía la edad, y se le dio la orden de acabar lo antes posible con la vieja rival de Roma. Doce años después, los ejércitos

²⁴ Todos estos detalles están sacados del libro XXII de las *Historias* de Polibio.

romanos, que se afanaban en la conquista de Hispania, no eran capaces de tomar Numancia. Hubo que recurrir de nuevo a Escipión, que fue nombrado cónsul por segunda vez y puso fin, no sin dificultades, a una de esas resistencias desesperadas en las que sobresalen los españoles. Así, este hombre culto, este sabio, este estudioso se vio convertido, tal vez un poco contra sus deseos, en un gran caudillo guerrero, que libró a su patria de dos de sus enemigos más temibles.

El destino de los Estados libres es no estar nunca tranquilos: cuando Roma ya no tuvo nada que temer del exterior, regresaron las luchas intestinas. Escipión era demasiado buen ciudadano como para desentenderse; participó desde el primer día en el debate y adoptó una posición particular. Aunque pertenecía a la más alta aristocracia, no tenía ninguno de los prejuicios de su casta: no le parecía que todo iba bien en la República por el hecho de que los grandes señores fueran sus dueños. No tenía miedo a los cambios, cuando estos le parecían justos. Las reclamaciones de la plebe y de los itálicos no le dejaban indiferente, y, sin duda a instancias suyas, su amigo más querido, Lelio, presentó un proyecto de ley agraria. Parece, pues, que habría debido ser favorable al movimiento que preparaban los Gracos. Además, le eran muy cercanos: desde hacía mucho tiempo ambas familias habían estado relacionadas gracias a alianzas mutuas y en ese mismo momento la hermana de Escipión era la mujer de Tiberio Graco y su mujer, hermana de los Gracos. Lo que los separaba, a pesar de lazos tan estrechos, era la diferencia de su carácter y de sus intenciones. Escipión era moderado y sólo pensaba en el bien de la República; los Gracos estaban más preocupados por el interés particular de la plebe y, actuando en su favor, no se olvidaban de sí mismos. Escipión se dio cuenta de ello rápidamente y comprendió que la reforma acabaría en una revolución. Creyó que debía echarse atrás; la ley agraria de Lelio fue retirada y dejó vía libre a la de Tiberio Graco.

El azar quiso que Escipión no asistiera a la primera trifulca que tuvo lugar en el Foro y durante la cual Tiberio fue muerto: estaba terminando la toma de Numancia. A su regreso, el partido democrático, que lo temía, quiso comprometerlo. En el Foro, ante el pueblo, se le preguntó qué pensaba sobre la muerte de su cuñado; no dudó en responder que era justa, si es que había conspirado contra la República: y, como el populacho, integrado sobre todo por extranjeros y libertos, empezara a murmurar, les dijo: «Callaos, vosotros que no sois los auténticos hijos de Italia». Sin embargo, y

aunque no lo trataba bien, el pueblo no había perdido la costumbre de respetarlo; llegaba, en ocasiones, incluso a aplaudirlo. Esto era lo que los dirigentes del partido no querían permitir. Un día obtuvo un éxito tan grande en el Foro que la muchedumbre lo acompañó hasta su casa como en un triunfo; al día siguiente, fue encontrado muerto en su cama. Se acusó a sus enemigos políticos, a su cuñado, incluso a su mujer. Se decía que era fea y que la había despreciado. Parece, de hecho, que las mujeres, que, como acabamos de ver, pertenecían a dos familias rivales, no compartían las mismas inclinaciones. Ella estaba más próxima al bando de los revolucionarios: la audacia y la violencia que había en ellos era más de su gusto que la timorata sabiduría de los moderados.

§ V. Dos griegos amigos de Escipión Emiliano: Panecio y Polibio

Lo que acaba de ser dicho sobre la vida política de Escipión, aunque muy incompleto, basta para explicar el ascendente que tenía en su entorno. Vamos a ver cómo gracias a ello favoreció la causa del helenismo.

Era un papel para el que todo parecía haberle preparado. Pertenecía a una familia de entusiastas filohelenos; su padre concedía tanta importancia a la educación helénica que había escrito a los atenienses para que le enviaran un filósofo escogido con el fin de instruir a sus hijos. Desde entonces, la residencia de Escipión en Roma estuvo siempre abierta para los griegos relevantes que recorrían el mundo, y sabemos que dos de ellos estuvieron alojados allí largo tiempo; eran Polibio y Panecio: no había nadie más ilustre en la Grecia de aquel momento.

Panecio es para nosotros sólo un gran nombre. Sus obras se perdieron y sólo lo conocemos a través de lo que se dijo de él. Cicerón lo llama «un hombre casi divino» y da a entender que fue él quien introdujo la filosofía griega en Roma. No era una tarea fácil, pues los romanos, en principio, sentían poca inclinación hacia ella. Mas Panecio encontró el medio de adaptarla a su temperamento y a sus gustos. En vez de envolver sus ideas en esa obscuridad que les daba una apariencia de misterio y de profundidad, las expresaba en términos claros y al alcance de todo el mundo (*popularibus verbis et usitatis*). Le gustaba ocuparse de cuestiones de moral práctica y la gran obra a la que ha quedado unido su nombre es el tratado *De los deberes*, que fue imitado por Cicerón.

Creyó que debía poner a su escuela el rótulo de estoicismo, pero no era más que un rótulo. Se permitía divergir a menudo de sus maestros y, por ejemplo, sabemos que no aceptaba todas sus ideas acerca de la adivinación y los oráculos. No tenía ningún escrúpulo en citar en sus lecciones a Jenócrates y a Aristóteles, y llamaba a Platón el Homero de los filósofos. Había escrito una obra sobre *el modo de sobrellevar el dolor*, que estaba dedicada al sobrino de Escipión, Elio Tuberón, uno de sus mejores alumnos. Se guardó mucho de afirmar que el dolor no es un mal, aseveración que era la verdadera doctrina de la escuela; se contentaba con sostener que había que soportarlo. Con estas hábiles cautelas, y añadiendo oportunamente algunos elogios dirigidos al corazón de los ancianos acerca de la *ley de las Doce Tablas* y de las *Sentencias* de Apio el Ciego, logró vencer la resistencia de estos obstinados. Tuvo el mérito de comprender enseguida lo que debía ser la filosofía para que agradara a los romanos, y la prueba de que no se equivocó es que hasta el final siguió siendo tal como la había practicado.

Conocemos mejor a Polibio y sus relaciones con Escipión, pues nos las cuenta él mismo. Sabemos que entre los mil rehenes aqueos que fueron deportados a Italia con el pretexto de asegurar la paz en Grecia, logró, a petición de Paulo Emilio, quedar recluido en su casa de Roma. Allí permaneció diecisiete años y parece que se encontró bien, puesto que regresó a menudo con posterioridad. Allí concibió la idea de su gran *Historia*, uno de los libros más hermosos y más originales que nos ha legado la Antigüedad. Gracias a su inteligencia, se dio cuenta rápidamente de que el eje del mundo se había desplazado y que, en adelante, todo iba a girar alrededor de Roma. No dudó en sacar la conclusión, si bien esta tuvo que herir su orgullo de griego, de que, si se quería hacer la historia del mundo, había que tomar a Roma como su centro y referir a ella las demás naciones. Esta concepción es lo novedoso de su obra. Es una historia universal como no existía entonces, donde se cuenta de qué modo los romanos, que antes eran dueños sólo del sur de Italia, llegaron en 53 años a ser los dueños de casi todo el resto. En los fragmentos que se nos han conservado de esta admirable historia de la que habría tanto que decir, limitémonos a buscar lo que tiene que ver con el tema particular que nos ocupa. Se ve, a primera vista, que se dirige a un tiempo a los romanos y a los griegos, y con esta doble función: enseñar a los romanos a conocer mejor a Grecia, y lograr, por parte de los griegos, la aceptación de la dominación romana sin contestación.

La situación de Polibio, en la residencia de los Escipiones, no era exactamente la misma que la de los griegos que allí se encontraban habitualmente. Los otros eran gramáticos, rétores, filósofos profesionales, que, en las casas de los grandes señores que los acogían, continuaban, bajo la forma de conversaciones y discusiones, la profesión que desempeñaban en sus escuelas. Polibio era el hijo de un personaje importante, había sido educado para intervenir en los asuntos de su país, para ser un soldado y un político. Esta educación en Roma era bastante diferente de la de Grecia. Un romano, en su preparación para ser un buen soldado, servía en las legiones, aprendía el arte de gobernar siguiendo los debates del Foro o, si era de buena familia, asistiendo a las deliberaciones del Senado. El griego añadía a esta enseñanza práctica estudios teóricos. Polibio, que tenía una inclinación natural hacia este tipo de estudios, profundizó mucho en ellos. Se había iniciado en la política con los libros que exponían las constituciones de los diversos pueblos y, para reforzar sus conocimientos sobre el arte de la guerra, no se había contentado con leer los tratados de táctica militar; había aprendido, además, ciencias de las que un jefe militar podía sacar un gran provecho, no sólo la geografía y la historia, sino también la geometría y la astronomía. Estos extensos saberes, que no tuvo ocasión de usar en su provecho, por haber estado en activo muy poco tiempo, los puso al servicio de otros; y como los había adquirido no sólo por el placer de instruirse, sino con un designio y un empleo concretos, nos es lícito sospechar que en su manera de difundirlos había algo más práctico y vivo que en la enseñanza de los profesores ordinarios.

Cuando se conoce a Polibio y se ha leído lo que nos queda de su gran *Historia*, me parece que se adivina bastante bien lo que debía enseñar a su joven amigo. Era, como se diría hoy, un perfecto racionalista. Quiere comprender todo; cree que todos los acontecimientos tienen una causa natural y que el deber de la historia es buscarla. Es erróneo atribuir a la fortuna aquellos cuya causa no ha sido hallada. Lo que llamamos fortuna sólo es una palabra inventada para disimular nuestra ignorancia. No admite la intervención de lo sobrenatural o, como se llamará más adelante, de la Providencia. Las religiones son para él sospechosas, aunque, en rigor, comprende los servicios que pueden prestar. «Si fuera posible —afirma— que un Estado sólo estuviera compuesto por sabios, semejantes instituciones serían inútiles. Ahora bien, como la muchedumbre era de natural inconstante y está llena de arrebatos descontrolados y de cóleras

enloquecidas, hubo que recurrir a esos terrores de lo desconocido y a todo lo que suscitaba fantasías terroríficas para dominarla». Siente curiosidad, pero sólo por los detalles ciertos y útiles y no descuida nada para llegar a conocerlos. Logra que le abran los archivos, interroga a supervivientes de tiempos pasados. Y, sobre todo, viaja; repite, a través de los Alpes, el recorrido de Aníbal, visita lo que se conocía de la Galia. En Marsella entabla conversación con los viajeros que vuelven de los países del norte y consigue de ellos algunos datos sobre el curso del Loira. En Hispania se informa acerca de la explotación de las minas de plata; nos refiere a cuántos trabajadores ocupan y lo que producen a diario. Por dondequiera que pasa, pregunta el precio de las mercancías e inquiera sobre el modo de vida de sus habitantes. Se mantiene al tanto de los nuevos inventos; él es quien nos ha permitido conocer mejor y con más claridad la manera de comunicarse a distancia mediante las lámparas de señales, lo que viene a ser el primer telégrafo. Esta manera nueva de comprender la historia, basada en investigaciones rigurosas y observaciones precisas encajaba muy bien con los romanos de los que se ha dicho que, sobre todo, estaban ávidos de cosas útiles, *utilitatum rapacissimi*. Sólo Grecia, entre todas las naciones del mundo, tuvo el mérito de unir en una armonía perfecta cualidades opuestas: un gusto por las fantasías más audaces y el sentido más seguro de lo real; la teoría, allí, no amenguaba la práctica; gustó con pasión del arte y de la poesía y cultivó con portentoso éxito las ciencias más áridas. Por una extraña fortuna, la sociedad romana del tiempo de los Escipiones, gracias a la diversidad de talentos que se encargaron de su educación, conoció por igual a Grecia en sus dos aspectos y pudo, así, captar toda su genialidad.

En la obra de Polibio, los griegos no encontraban menos enseñanzas que los romanos. Sentían un gran interés por conocer Roma y sus escritores no siempre les transmitían una idea ajustada. Polibio, cuando se instaló allí atendiendo a la llamada de Paulo Emilio, experimentó una impresión que no intenta ocultarnos. Acababa de asistir al sometimiento de su país, tenía ante sus ojos todos los errores que sus compatriotas habían cometido, conocía por lamentable experiencia los defectos que no habían querido enmendar y que les habían costado la libertad, y, precisamente, encontraba en Roma, y en su grado más alto, las virtudes contrarias. Su admiración aumentó con el contraste. Era, además, el más convencido partidario de un gobierno aristocrático, y acusaba a la democracia de haber perdido a Grecia. Podemos imaginar

su alegría cuando pudo ver en acción a esa gran aristocracia romana, que ostentaba el poder y sabía emplearlo tan bien. Le pareció que ese sueño de un gobierno perfecto que había tenido para su país sin poder llevarlo a la práctica, se hacía realidad ante sus ojos. Asistió a las honras fúnebres de un personaje importante y, cuando vio las imágenes de los antepasados, revestidos con sus ornamentos honoríficos, que acompañaban a sus descendientes y colocarse en su rededor, en el Foro, sobre asientos de marfil, para escuchar al pariente más cercano del muerto pronunciar su elogio fúnebre y el de toda su estirpe, experimentó la más viva emoción que un alma serena pueda sentir. «No hay —afirma— espectáculo más capaz de entusiasmar a un joven que sienta cierta pasión por la gloria y la virtud». Cuanto más iba conociendo a Roma mejor se podía explicar sus extraordinarios éxitos. Los griegos preferían atribuirlos a la fortuna, para consolarse de sus derrotas y conservar la esperanza. Se decían por lo bajo que si el azar les había privado de la victoria, el azar podría muy bien un día dársela. Polibio les responde que se equivocan. Y afirma que los romanos se la deben a sus cualidades de ciudadanos y de soldados, sobre todo a la excelencia de sus instituciones políticas y, para probarlo, hace de ellas un estudio profundo, que hemos conservado en parte, y que está lleno de sensatez y sagacidad. Concluye que, mientras los romanos respeten estas instituciones que les han dado la superioridad sobre las naciones menos sabias y peor gobernadas, conservarán esta y serán los dueños del mundo. ¿Qué les queda, entonces, a los griegos? No les queda más que someterse, y Polibio no duda en aconsejárselo. Por su parte, se resigna a ello sin pesar e incluso con cierto regocijo. «Suplico a los dioses, decía al final de su *Historia*, que me concedan pasar el resto de mis días en Roma, asistiendo a la prosperidad de la República y viéndola elevarse y crecer sin fin». Reconozcamos que esta actitud resulta algo antipática. Nuestra simpatía se va más bien junto a sus compañeros de exilio que, en cuanto les fue permitido regresar a sus casas, no tuvieron otra urgencia que ir a morir a Corinto, en un último combate sin esperanzas. Y sin embargo, Polibio era quien tenía razón. Grecia no quedó en tan mala situación por haber aceptado la derrota y, según la cita de Horacio, acabó por conquistar a sus vencedores. En la mixtura que se llevó a cabo entre el genio de los dos pueblos, fue el suyo el que salió ganando. Polibio fue útil a ambos permitiendo conocer mejor Grecia a los romanos así como habituando a

los griegos a la dominación de Roma, y de estas dos maneras sirvió a la causa del *humanismo*.

§ VI. Carácter de su relación con Panecio y Polibio

Sucedió con demasiada frecuencia, a continuación, que los griegos alojados en las casas de los personajes importantes de Roma no dieron buen ejemplo. Su carácter no siempre estaba a la altura de su talento. Se convirtieron en aduladores de sus anfitriones y Juvenal sólo veía en ellos parásitos muy hábiles que por sus ruines conveniencias se afanaban en desplazar al buen cliente romano de la mesa del patrón. No había nada parecido en las relaciones de Polibio con Escipión. Es Escipión quien parece estarle agradecido; solicitó los consejos de Polibio y los siguió con deferencia. Estas relaciones adquirieron, desde los primeros días, un carácter de afectuosa intimidad, que permitía a Polibio decir: «Me trataba como a un padre, y yo lo miraba como a mi propio hijo». La biblioteca de Perseo, que Paulo Emilio había instalado en su residencia, debió servir de vínculo entre ambos. Polibio tomaba prestados libros a su amigo; debían leerlos juntos, y las lecturas pasaban a ser, a continuación, el tema de sus conversaciones. ¿No tuvo que ser en estas conversaciones cuando Escipión cogió el gusto a Jenofonte, que prefería a todos los autores griegos? Desde luego, era con quien, por la elegancia de su lengua y la moderación de sus ideas, más debía coincidir.

Su relación con Panecio no parece haber sido menos estrecha; se nos figura que no podía prescindir de él. Cuando fue encargado por el Senado, y en graves circunstancias, de una embajada importante ante los pueblos y reyes de oriente, quiso llevarlo consigo y lo tuvo a su lado durante todo el viaje. A propósito de esta relación, que era muy notable, Cicerón da a entender, en varias ocasiones, que los amigos de Escipión, los que le eran más cercanos, eran discípulos de Panecio, e incluso dice expresamente de dos de ellos, P. Rutilio Rufo y G. Elio Tuberón, «que se habían convertido casi en consumados filósofos». ¿No deberíamos concluir que Panecio, en sus conversaciones, no sólo se dirigía a Escipión sino también a su círculo; que daba una enseñanza más continuada, más regular, que reunía a algunas personas; que, en resumen, era una especie de escuela, abierta en una residencia privada, bajo la protección de un personaje importante? Deberemos admitir sin duda que esta

protección no era inútil, si recordamos que se acababa de expulsar de Roma, a instancias de Catón, a tres filósofos que los atenienses habían enviado allí como embajadores y estaban aprovechando su estancia para dar conferencias en público. Ahora bien, las amenazas de Catón no alcanzaban a la residencia de un ciudadano, y menos a la de un Cornelio; Escipión podía permitirse acoger a un filósofo, escuchar sus lecciones e incluso reunir a algunos amigos para que asistieran a ellas.

Haciendo esto, no sólo satisfacía la afición que tenía por la ciencia griega. Lo que de él sabemos nos muestra que le gustaba la vida social, que concedía importancia a reunir a sus amigos en torno a él y que, sobre todo, disfrutaba con la compañía de personas inteligentes y doctas. Se le atribuye la creación de lo que se llamaba la *cohors praetoria*. Se trataba de una especie de guardia de honor con la que se hacía rodear el general y de donde tomaba a sus ayudantes de campo durante la batalla. Estaba compuesta principalmente por jóvenes de buena familia que recibían una soldada y media (*sesquiplext stipendium*) y realizaban su aprendizaje bajo la mirada de un jefe de renombre. La guardia de Escipión tuvo como originalidad que, al igual que hacía Bonaparte en Egipto, introdujo en ella a menudo sabios y literatos. Polibio estaba a su lado mientras Cartago ardía. El poeta Lucilio lo acompañó a su expedición en Hispania. Cuando leemos que en lo más duro del asedio de Numancia, encontraba un momento para charlar de ciencia y de filosofía, nos hace pensar en la definición que Pascal da de hombre honrado, es decir, un hombre de mundo, que no alardea de nada, que no se encierra en su profesión y sabe evadirse, cuando hace falta, «para vivir simple y tranquilamente con sus amigos».

Debemos pensar que era para él una especie de necesidad verse rodeado de camaradas que compartían sus aficiones y se unían a sus estudios, puesto que ni siquiera renunciaba a ello durante sus viajes lejanos y en medio de sus soldados. Esta necesidad podía ser satisfecha más fácilmente cuando se encontraba en Roma. La amistad de un hombre como él, de tan alta posición, de tan gran reputación, debía ser muy deseada. Entre el gran número de gente de mérito que deseaba entrar en su círculo íntimo, le resultaba sencillo elegir a los mejores y ganárselos. Y lo hizo muy pronto, desde su regreso a Roma, tras su campaña de Macedonia y su viaje a Grecia. Tenía apenas veinte años, cuando empezó a reunir en su rededor a esa juventud inteligente de la que se nos hacen tantos elogios. Lo que dice Cicerón, o más bien lo

que da a entender, pues sus palabras requieren a veces de interpretación, nos muestra qué importancia tuvo ese círculo, y por qué hay que intentar conocerlo, si queremos saber lo que trajo la victoria definitiva del helenismo a Roma.

